

Simone de Beauvoir: amar sin ataduras

Rechazó toda atadura y todo convencionalismo: no se casó y vivió fiel a un gran amor; no tuvo hijos y muchos de las nuevas generaciones la tienen como modelo de vida. Nunca buscó el adaptarse sino el ser ella misma. Política e intelectualmente resiste ataques y presiones, comprendiendo las corrientes y las ideas de moda. Siempre dispuesta a corregirse y a radicalizarse. Nunca atada pero siempre muy unida a su ciudad, a sus seres queridos y a las ideas que perseguía.

Estas notas vienen a ser algunas de las señas de identidad básicas de Simone de Beauvoir, considerada como una de las grandes personalidades del siglo XX. Mujer inteligente, bella, atractiva, enérgica y sensual, ¿qué significó el amor en la vida de tanta mujer?

Al repasar la totalidad de su obra, y de modo especial los libros de contenido autobiográfico, como son los tomos de sus Memorias, comprobamos que Simone amó mucho a lo largo de más de siete décadas. Por orden más o menos cronológico fueron ocupando lugar primordial en su vida afectiva: su padre, su única hermana, su íntima amiga de la adolescencia, su primo Jacques, sus grandes e incondicionales amigas de la vida adulta, sus apasionados amantes y, sobre todo, Sartre, su gran amor que duró más de cincuenta años, es decir, desde que se conocieron hasta que la muerte los separó.

Cuando la escritora francesa ya era famosa, y su vida privada pasó a interesar tanto o más que el contenido de sus escritos, una popular revista americana le pidió que hablara del amor. En un tono muy suyo, Simone respondía a la pregunta de ¿por qué nos enamoramos?: «No hay nada más sencillo. Os enamoráis porque sois jóvenes, porque sois viejos, porque se va la primavera, porque empieza el otoño, porque os sobra energía, porque estáis contentos, porque os aburrís, porque alguien os ama, porque alguien no os ama... Hay demasiadas respuestas».

Persona tan rigurosa y reflexiva como es Beauvoir, reconoce que el amor, en definitiva, es un misterio. ¿Por qué éste o ésta en lugar de otro? Para ella el amor es desafío, liberación, venganza, conquista que colma una necesidad ambigua, indefinida o incluso infinita. Es una fuerza, una eclosión, una revelación de sí mismo a sí mismo.

Al finalizar su escrito, la autora se repite la pregunta del principio: «¿Por qué nos enamoramos? No hay nada más complejo: porque es invierno, porque es verano; a causa de un exceso de trabajo, o de los ratos de ocio; por debilidad; por fuerza; por necesidad de seguridad, por afición al peligro, por desesperación; por esperanza; porque alguien no os ama; porque alguien os ama...».

Marcada por el existencialismo

Sartre y Beauvoir, Beauvoir y Sartre consiguieron desatar en su entorno la gloria y el escándalo con su manera de pensar y de actuar que recibió el nombre de existencialismo. Al elegir a Sartre, Beauvoir fue consciente de que elegía la libertad y la autenticidad, y que su elección iba en contra de su familia, de su clase y de las leyes morales y religiosas.

El amor que unió a estos dos seres fue, sin duda, una experiencia revolucionaria, y su éxito, con el rasgamiento de vestiduras de muchos, fue total.

Su sentido de la libertad y de la autenticidad se tradujo, desde un principio, en un estar siempre abiertos a todo, lo que les llevó a crear un nuevo estilo de vida. Nunca escribían en el recogido silencio de un despacho. Vivían en hoteles y pasaban el día en los cafés siempre muy cerca de la muchedumbre. No pertenecían a ningún grupito cerrado. Su forma de funcionar agradaba a unos e irritaba a otros, ya que se sabía la relación que había entre ellos, aunque no vivían juntos, y cada cual, por su parte, ejercía una independencia afectiva y sexual. Se hicieron centro de comentarios en todos los medios de comunicación, hasta el punto que ellos, y la totalidad de los existencialistas por extensión, pasaron a ser la imagen viva de la nueva Francia. Es de señalar que Beauvoir llamó a todo esto «una gloria idiota».

No es difícil de comprender que en aquel entonces preconizaban una moral que desconcertaba, ya que la inmensa mayoría no estaba para nada acostumbrada a unir la noción de libertad a la de responsabilidad personal. En la llamada autenticidad, los más veían aquello de «hacer de su capa un sayo», es decir, desorden y exceso. Derecha e izquierda, católicos y marxistas, todos en su momento se manifestaron tajantes a la hora de juzgar el existencialismo, al que acusaban de quietismo y de desmoralizar a la juventud. A la Beauvoir existencialista se la describió como una chiflada, una excéntrica de desatadas costumbres, que practicaba todos los vicios y que llevaba una vida absolutamente alocada. A la vez, otros decían de ella que se pasaba la vida sentada ante la mesa de trabajo, que su pinta era de institutriz y que todo en ella era cerebro.

Musa de los existencialistas

Lo cierto es que Simone de Beauvoir había vivido una infancia feliz, una adolescencia y juventud duras en las que tuvo que pasar por las consiguientes humillaciones de la pobreza, y que nunca perdió el fortísimo impulso que la llevó a volar alto y convertirse en una escritora de primera fila. Y en toda esta meritoria y bonita historia, el amor fue para ella un factor fundamental. En el *Manuel de Saint-Germain-des-Prés*, Boris Vian recoge que el lanzamiento del barrio se debió en gran medida a la inseparable pareja Beauvoir-Sartre y a su fama literaria. Las «caves existencialistas» fueron proliferando y Sartre fue coronado Papa del existencialismo, mientras que Beauvoir recibió el título de Nuestra Señora de Sartre.

Al cumplir los treinta y siete años, Simone de Beauvoir se encuentra consolidada en la búsqueda y realización de su proyecto original, constantemente revisado y fortalecido. Al borde de los cuarenta sabe que es una escritora comprometida, que pone en

práctica una moral, la extraída del existencialismo, que la va conduciendo precisamente, por donde ella había querido ser conducida. El existencialismo afirma que Dios no existe, pero con este postulado, Beauvoir llega a la conclusión contraria a la que puso Dostoievski en boca de Iván Karamazov: «Si Dios no existe, todo está permitido». Su síntesis es: «Dios no existe, nada está permitido», es decir, al no estar Dios para permitir o castigar, cada cual es totalmente responsable de sus actos. Cada uno es lo que él se hace. «Es en el seno del mundo dado —concluye— donde debe el hombre hacer que triunfe el reino de la libertad.»

Simone es una convencida de que el objetivo de los existencialistas es incitar al público a reflexionar sobre la libertad, la esperanza y el amor fraterno. «El escritor —dice— puede sentar los nuevos cimientos de una esperanza justificada y de una acción moral.»

Que la vida y la obra de Simone de Beauvoir está llena de una gran carga de amor, es algo innegable. Hasta el mismo François Mauriac que tanto había atacado el existencialismo y a sus Popes, recogió velas veinte años después y rectificó diciendo: «Ciertamente, se trata de una buena vida, según el mundo que nos muestra Simone de Beauvoir, a pesar de su desorden y sus excesos... esas vidas de placeres, la de Simone de Beauvoir y de Sartre no son sino un retazo brillante. La realidad es un trabajo furioso, ininterrumpido y la sed de justicia que habrá determinado su elección política».

El existencialismo tan atrayente de Beauvoir encierra inteligencia, trabajo intenso y amor comprometido. Ella lo resume bien en su pequeño, gran libro, *¿Para qué la acción?*: «Ese chico no es mi hermano —escribe—. Pero si lloro por él, no es ya un extraño. Son mis lágrimas las que deciden. Nada está decidido antes de que yo decida. Cuando los discípulos preguntaron a Cristo: ¿Cuál es mi prójimo?, Cristo no respondió con una enumeración. Relató la parábola del buen samaritano. Ese fue el prójimo del hombre abandonado en el camino a quien cubrió con su manta y socorrió: no se es el prójimo de nadie, se hace de otro un prójimo mediante un acto». Y especifica más al añadir: «Hace falta solamente para que ese pedazo de universo me pertenezca que lo cultive verdaderamente. La actividad del hombre es frecuentemente perezosa; en lugar de cumplir verdaderos actos se contenta con falsas apariencias. Para saber lo que es mío, es necesario saber lo que hago verdaderamente».

Hacer del otro un prójimo fue una constante preocupación de Simone de Beauvoir en el transcurso de su existencia, y puso todo su ser al servicio de este objetivo que nunca perdió de vista. Quería dar lo mejor de ella misma, y para ello, un primer paso esencial consistió en saber quién era ella misma: para perderse, primero hay que encontrarse, pues de lo contrario, se está ya perdido de antemano.

Es a través del amor y la reflexión, como Beauvoir va descubriendo su individualidad, que seguidamente, y ya sin lugar a dudas, supo integrar en un entorno muy amplio con la voluntad inquebrantable de muchas horas de trabajo.

La realidad de esta escritora francesa es la de una gran individualidad que se integra muy hondo en la sociedad de su siglo XX, y todos nos hemos beneficiado —poco o mucho— de la integración de tan enorme personalidad.